

La Edad Media en la biblioteca del Dr. Mora

GERMÁN LUNA SANTIAGO

ORCID.ORG/0000-0001-8167-3386

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Azcapotzalco
Posgrado en Historiografía
germanls@yahoo.com

MARÍA GUADALUPE RODRÍGUEZ SÁNCHEZ

ORCID.ORG/0000-0002-1698-9330

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Iztapalapa
Departamento de Filosofía
mgrs07@gmail.com

A don José Francisco González García

Biblioteca Armando Olivares, UGTO

IN MEMORIAM

PRESENTACIÓN

Cuando en la década de 1960 Charles Hale consultó en la Universidad de Guanajuato la biblioteca que José María Luis Mora conformó durante su exilio en París, debió enfrentar el problema de saber a ciencia cierta qué títulos fueron del erudito, pues para entonces éstos se encontraban dispersos

Recepción: 11/01/2019

Aceptación: 7/06/2019

dentro del acervo general de la Biblioteca Armando Olivares de la Universidad. Hale sabía que estaba ante un genuino *ex libris* gracias a la anotación a lápiz *vendú à M. Mora* que el librero del guanajuatense plasmó en algunos de los textos.¹ En la actualidad se han integrado 2 309 volúmenes en la Colección Doctor Mora, que con toda certeza sabemos que pertenecieron a nuestro autor.² La claridad abre, en este sentido, la ocasión para seguir hurgando en torno al pensamiento de Mora y su época.

Precisamente, la riqueza del acervo nos abre la posibilidad de aproximarnos a obras de la historiografía europea decimonónica que no es común encontrar en nuestras bibliotecas. Entre los títulos que Mora reunió, destacamos, por ejemplo, los referentes al medievo: *La historia de la Edad Media* (1836), de Jules Raymond Lamé Fleury; el *Espíritu del siglo* (1835-1836), de Francisco Martínez de la Rosa; el *Résumé de l'histoire d'Espagne* (1823), de J. F. Simonot; la *Histoire générale de l'Espagne* (1811), de G. B. Depping; el *Résumé de l'histoire d'Italie* (1825), de M. Trognon, y, finalmente, la *Histoire d'Allemagne* (1837), de J.-C. Pfister.³

Además de subsanar la dificultad que entraña su consulta, la publicación que ahora hacemos en especial de las obras de Simonot, Trognon y Lamé se reviste de una pertinencia particular, porque en ellas encontramos un cuadro ejemplarizante de la imagen que la historiografía del siglo XIX elaboró sobre la Edad Media.⁴ A



1 Charles A. Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, 2ª ed., México: Siglo Veintiuno Editores, 1991, p. 79, n. 11.

2 Martha Lengeling y Buenaventura Rubio Zenil, “Los tesoros bibliográficos de la Biblioteca Armando Olivares en otros idiomas”, en *El mundo del libro: tesoros bibliográficos en la Biblioteca Armando Olivares*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2014, p. 101. En la época de Hale se hablaba de una colección de entre 7 y 11 000 libros (Charles A. Hale, *op. cit.*, 1991). El catálogo de la Colección puede consultarse en “Biblioteca Armando Olivares Carrillo”, *Universidad de Guanajuato*.

3 Estos y otros títulos se emplean en Germán Luna Santiago, *Vuelta a La herencia medieval de México. Colonia y Edad Media en la obra de Lucas Alamán, Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora*, tesis de maestría en Historiografía, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, de próxima sustentación.

4 Salvo el de Lamé —que se localiza entre los Libros Antiguos y Raros de Universidad Iberoamericana—, los títulos de estos autores no se encuentran en los que solemos considerar como los principales y más completos acervos bibliográficos de la Ciudad de México: las bibliotecas de la UNAM (IIB, Biblioteca Central, Biblioteca Nacional), o la del COLMEX, el Instituto Mora y la Universidad Iberoamericana. Cabe decir que el libro de Lamé se

través de los manuales y estudios monográficos, hemos aprendido mucho acerca de esta historiografía,⁵ pero lo cierto es que no siempre recurrimos a las fuentes originales, aun cuando clásicos como Jules Michelet, Augustin Thierry o François Guizot son localizables en cualquiera de nuestras bibliotecas.⁶

En el caso de Simonot, Trognon y Lamé, su estudio aporta una evidencia importante del concepto que el siglo XIX planteó sobre el medievo, oscilando entre la reproducción y el replanteamiento de la carga peyorativa que desde el Renacimiento le fue atribuido, algo que se constata ya con un clásico como François Guizot. En su *Historie de la civilisation en Europe*, de 1828, el francés nos coloca ante una representación de la Edad Media oscura y al mismo tiempo romántica, pero además comprensiva y crítica. En primer lugar, la Edad Media que leemos en la *Histoire* no es homogénea. Entre su inicio en el siglo V y su desarrollo hasta el siglo X, el erudito distingue una Europa “bárbara”, tal como



encuentra en *Google Books*, en francés: *L'histoire du Moyen Âge, racontée aux enfants*, Bruselas, Pantheon, 1847. Ocurre lo mismo con el *Résumé de l'histoire d'Espagne* (1823) de Simonot, disponible en *Gallica. Bibliothèque Nationale de France*, y con el *Résumé de l'histoire d'Italie* (1825) de Trognon, localizable en *Google Books*. Nuestra contribución es aun más oportuna por traducir la obra de Trognon y Simonot del francés al español.

- 5 Pensamos en las enseñanzas de Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1975, cap. 11; Josefina Zoraida Vázquez, *Historia de la historiografía*, México, Ateneo, 1978, caps. 8 y 10; Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, cap. 9, y George Peabody Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, caps. 9-12. Entre lo más actualizado, podemos sumar dos obras de François Hartog, *Evidencia de la historia. Lo que ven los historiadores*, México, Departamento de Historia-Universidad Iberoamericana, 2011, pp. 133-156 y *Le XIX^e siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París, Presses Universitaires de France, 1988; a Guy Bourdú Hervé Martin, *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal, 2004, pp. 102-125, y a Enrique Moradiellos, *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*, 2ª ed., Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 2009, pp. 165-178.
- 6 Hasta donde podemos afirmar, en México no se ha hecho ningún estudio sistemático sobre la historiografía europea del siglo XIX. El tema es sin duda relevante porque, como plantea Rafael Rojas, en la obra histórica de eruditos como José María Luis Mora podríamos rastrear la presencia de plumas tan fundamentales como François Guizot. Además del interés particular del que se reviste como campo de estudio *per se*, el acercamiento hacia dicha historiografía puede contribuir a conocer qué y cómo observan nuestros historiadores de aquel siglo. Véase Rafael Rojas, “Mora en París (1830-1850). Un liberal en el exilio. Un diplomático ante la guerra”, en *Historia Mexicana*, vol. LXII, núm. 1 [245], julio-septiembre, 2012, pp. 7-57.

la tradición ilustrada ya la había imaginado: “caos de todos los elementos”, “revoltijo universal”, “ni fronteras, ni gobiernos, ni pueblos”, “confusión general de situaciones, de hechos, de razas, de lenguas”, de atomización del poder estatal a manos de soberanías particulares que dificultaban la paz: “No había ninguno —decía Guizot—, comenzando por el primero de los soberanos, por el rey, capaz de imponer la ley a los demás, de hacerse obedecer por todos”.⁷ Así se habría mantenido Europa hasta finales del siglo x, con el surgimiento del feudalismo, la primera institución medieval sólida que articularía a las fuerzas sociales. Este era el principal núcleo del régimen feudal: un castillo habitado por un señor, su familia y algunos hombres libres. “Alrededor, al pie, se agrupa una pequeña población de colonos, siervos que cultivan los dominios del poseedor del feudo”.⁸ De esta segunda fase medieval, Guizot reconoce el carácter coercitivo y total del poder de los señores feudales, pero también las “bellas” aportaciones para Europa: la caballería, ese “ideal de sentimientos elevados, generosos, fieles”, así como el “renacer” de la cultura literaria.⁹

Esta imagen contrasta con la que Depping registra en su *Histoire générale de l'Espagne*, pues ahí los pueblos “bárbaros” sólo son vistos como agentes de terror y responsables de la desolación padecida por la “hermosa” España: “el país —dice Depping— fue devastado, las plantaciones destruidas, las ciudades saqueadas y quemadas, los habitantes masacrados en multitudes, nada fue respetado por estos hombres groseros; el fuego y la sangre marcaron su paso”. La vida subsiguiente fue igual de oscura: al “buen gusto y el amor por las letras” aprendido de Roma le sucedió la “ignorancia y la barbarie”. En este clima, resultaba difícil para Depping pensar que hubiera alguien más inteligente que Isidoro. La educación se había vuelto obsoleta en un mundo de duques, condes y demás nobles que “sólo necesitaban valentía para triunfar y distinguirse”.¹⁰



7 François Guizot, *Historia de la civilización en Europa desde la caída del Imperio romano hasta la Revolución francesa*, Madrid, Alianza Editorial, 1966, pp. 72-74 y 103.

8 *Ibid.*, p. 94.

9 *Ibid.*, pp. 101-108.

10 G. B. Depping, *Histoire générale de l'Espagne, depuis les temps les plus reculés jusqu'à la fin du dix-huitième siècle*, Paris, D. Colas/Le Normant, 1811, tomo 2, pp. 202-203 y 410-411.

Simonot —que transcribimos aquí— suscribía un mismo juicio en su *Résumé de l'histoire d'Espagne* cuando hablaba de la “tela de horrores” del medievo, de “la confusión más terrible” en la que Europa había caído: “una noche espesa envuelve estos vastos vestigios del Imperio romano donde florecieron la agricultura, el comercio, las ciencias y las artes. La civilización retrocedió hasta su infancia, y los pueblos se sumergen en una profunda ignorancia”. En lo que respecta a España, Simonot pensaba en el “hermoso cielo” que había sido nublado por los “tiempos deplorables”, por las “hordas de exterminio”. Pero, apropiándose visiblemente de la mirada nostálgica que el romanticismo creó sobre la Edad Media, es decir, aquella que convirtió esta etapa en el crisol en el que nació la Europa moderna, este autor exaltaba el mestizaje habido entre los “indígenas” de España y los invasores, del que surgió “una sola nación”.

Trognon —que también transcribimos— vuelve sobre la Edad Media oscura en su *Résumé de l'histoire d'Italie*. Los hombres de la Germania eran “enjambres”, responsables de la “gran catástrofe que acabó con el Imperio romano”. No limitaron su rapacidad y su violencia: miles de indígenas fueron asesinados o desterrados, y el resto mantuvo su propiedad bajo la condición de pagarle al conquistador un tercio de sus ingresos, otros fueron convertidos en “siervos vulgares”. En el peldaño inferior del nuevo orden Trognon ubicaba a la “población servil y despreciada, dedicada casi en su totalidad al cultivo de los campos u otras obras de esclavitud”. Otro estereotipo que acompaña al medievo del erudito es la desaparición del Estado en beneficio de los señores feudales: tras la muerte de Carlomagno, sus descendientes “permitieron que la autoridad se dispersara a manos de esa poderosa aristocracia que, bajo títulos de duques, marqueses, condes e incluso obispos, había preocupado a los diversos reyes”. Así, Trognon ve en Italia un sinnúmero de “soberanías parciales, independientes entre sí”. En este contexto, era poco lo que podía hacerse contra los poderosos: “el orden y la paz sólo podían ser una excepción momentánea al curso habitual de las cosas”, a las demasías brutales de los señores. Apenas se habían reunido bajo el jefe más fuerte, los señores se entregaban sin cesar a “las guerras privadas y sus robos”.

En 1836, en *La historia de la Edad Media*, Lamé ofrecía la que puede señalarse —junto a la que planteaba Guizot en su *Histoire*— como la imagen más equilibrada sobre la Edad Media. En ese libro encontramos los distintos recursos del régimen de historicidad decimonónico. Primero, Lamé dibuja una Edad Media romántica, “memorable”, pues fue la cuna de la cultura moderna, “una larga tormenta” en la que se “fermentan” y “desarrollan” los elementos de la modernidad. Los hombres de

esta época, dice el autor, poseían “costumbres sencillas”. En una conceptualización que contravenía visiblemente el cliché racionalista e ilustrado, el medieval ofrece a Lamé “el cuadro mas animado que se puede pedir a la historia”. Pero, en segundo lugar, la escritura romántica de Lamé no impide el recurso a un fondo filosófico. Su obra está fundada en los “cálculos sólidos y racionales” a que están obligados los “estudios históricos”: “ningún hecho ha sido admitido sin estar apoyado en los testimonios los más auténticos”. En este ánimo de decir “verdad”, Lamé describe la estructura del feudalismo, que se propagó hacia el resto de Europa desde el seno del Imperio franco disgregado a la muerte de Carlomagno. Como sus antecesores ilustrados, valora negativamente la formación de “Estados pequeños”, esto es, la de los ducados o condados que, aposentados en un castillo fundado sobre una colina, coronado de torrecillas y rodeado de gruesas murallas, “se consideraron como verdaderos soberanos del pais circunvecino”.

Continuando el trazo de esta época injusta, Lamé nos comunica el miedo que estos castillos tenebrosos inspiraban: desde allí, según su humor, los señores podían mandar “á sus soldados que asolasen á todas las cercanías; y todos los aldeanos, para hacerse amigos de un vecino tan formidable, iban á ofrecerle con la mayor humildad parte de la cosecha de su campo, con tal que tuviese á bien dejarles gozar del resto, sin quemarles su cabaña ó robarles sus ganados”. Como Depping, Lamé se imaginaba un mundo de señores rudos dedicados enteramente a hacer la guerra, pero además a la cacería: “Los señores feudales, despues de la guerra y el pillaje que preferian á cualquiera otra ocupacion, retirados en sus lúgubres fortalezas, no tenian mayor placer que la caza á que se entregaban”.

Para el erudito, este cuadro realista no bastaba en su ejercicio de decir verdad, sino que hacía falta comprender la imagen de los “señores perversos” frente a los “pobres aldeanos” en su contexto histórico, esto es, en los vínculos sociales propios del mundo feudal. Dice Lamé:

[...] en esta época, en que todos los hombres eran rudos, groseros é ignorantes y pasaban su vida guerreando, la razon del mas fuerte era siempre la mejor, y por este motivo cada uno se veia obligado á buscar un apoyo de la parte de aquel que podia protegerlo. Así, lo mismo que el aldeano ofrecia á su señor una parte de su cosecha para que le dejase el resto, el señor que no poseia sino un pequeño castillo y corto número de soldados mal armados, pedia á su vecino que era señor de una grande fortaleza y gran número de hombres cubiertos de cotas de malla, que no le abandonase cuando viniesen sus enemigos á desolar sus tierras; de suerte que dirijiéndose cada uno de este modo al que

podía prestarle auxilio y socorro, resultó de aquí, de dentro de poco tiempo todos los señores del mismo reino se encontraron ligados entre sí por obligaciones mutuas, es decir que el fuerte se comprometió á proteger al debil, y este á someterse á la voluntad del fuerte, cuando á su vez le llamase á servirlo.

La presencia de autores como Lamé, Trognon y Simonot en la biblioteca de Mora nos habla tal vez no tanto de los libros de los que el erudito de Chamacuero abrevó para componer su obra histórica, como de su desbordante interés, durante su exilio en París, por hacerse de la mejor sapiencia. Junto a las plumas de Lamé, Trognon y Simonot, Mora acomodó, en este sentido, otros libros fundamentales dentro de la literatura histórica de la Francia posrevolucionaria, como la *Historie de Venise* de Daru o la *Histoire de la civilisation en France* de Guizot.¹¹

Respecto a Guizot, se ha sugerido precisamente que Mora debió utilizar con provecho la *Histoire* del francés, o su otro título clásico, la *Histoire générale de la civilisation en Europe*.¹² Al menos en lo que respecta al concepto de Edad Media rastreable en *México y sus revoluciones*, debemos decir que nos parece difícil corroborar la presencia de Guizot en la pluma de Mora. En realidad, quien sí da pruebas de haber aplicado los múltiples recursos de la historiografía decimonónica más creativa es Lucas Alamán.¹³ En sus *Disertaciones*, en correspondencia con una historiografía romántica, preocupada por rastrear los orígenes nacionales, que llegaba a ese crisol en el que se “mezclaron” los hombres y las culturas, esto es, a la



11 Pierre Daru, *Histoire de Venise*, 2 ts., Bruselas, Société Typographique Belge, 1838; François Guizot, *Histoire de la civilisation en France, depuis la chute de l'Empire romain*, 4 ts., París, Didier, 1846. La *Histoire* de Daru apareció entre 1815 y 1819, en el círculo de intelectuales cercano a Napoleón, a quien Daru elogiaba con su libro. Por su parte, la *Histoire* de Guizot es nada menos que la primera obra histórica del siglo XIX que adopta con maestría el lenguaje de las ciencias experimentales: aun en su forma fragmentaria, dice un clásico, la *Histoire* “es una de las más grandes obras del siglo. Guizot fue el primero en hacer la disección de una sociedad como el anatómico la hace de un cuerpo, el primero en estudiar las funciones del organismo social como el fisiólogo estudia las del animal. La obra es un modelo de organización, haciendo justicia a la vasta diversidad de fenómenos que integran la civilización” (George Peabody Gooch, *op. cit.*, 1942, pp. 167-168 y 196-197. Véase además Georges Lefebvre, *op. cit.*, 1975, pp. 179-190).

12 Rafael Rojas, *op. cit.*, 2012, p. 26.

13 Véase Germán Luna Santiago, *op. cit.*

Edad Media, Alamán declaraba con firmeza que los indígenas y los conquistadores españoles formaron “una nueva nación con la religión, las leyes y las costumbres de los conquistadores, modificadas y acomodadas á las circunstancias locales”.¹⁴

Este texto quiere llamar la atención sobre las amplias posibilidades de investigación que abre la biblioteca de José María Luis Mora. Resguarda un rico acervo que puede contribuir al estudio de la historiografía europea decimonónica. En particular, la obra de Lamé, Trognon y Simonot nos informa sobre la múltiple resignificación de la que fue objeto la Edad Media.

DOCUMENTO 1

Invasión de los bárbaros^{15*}

Estamos tocando un momento en el que, durante varios siglos, el sur de Europa, sumido en la confusión más horrible, se convierte en un teatro de devastación y carnicería. Debilitado por sus divisiones internas y por el abandono de la antigua disciplina, el Imperio romano resistió con dificultad a los pueblos que amenazaban sus fronteras del este y del norte. Se acercaba el momento en el que entrarían por todos lados. Nubes de bárbaros de los desiertos de Tartaria, la península escandinava, los bosques de Alemania, avanzaron, arrasando todo a su paso. No eran ejércitos regulares, sino cuerpos de naciones, abandonando sus climas helados, en busca de una nueva patria. Los guerreros caminaban sobre sus cabezas y eran seguidos por mujeres, niños y ancianos. Su multitud era innumerable, y, aunque al principio eran frecuentemente derrotados, todos los días eran libres para luchar de nuevo. Se sucedieron sin interrupción, y se presionaron unos contra otros como las olas de un mar agitado. Cuando invadieron un territorio, llevaron el hierro y el fuego, a veces se establecieron allí, o devastarían otros países, que también cubrieron con sangre y ruinas. Luego, una noche densa envuelve estas vastas provincias del Imperio romano donde florecieron la agricultura, el comercio, las ciencias y



14 Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República mejicana desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo xv y principios del xvi de las islas y continente americano hasta la Independencia*, México, Imprenta de D. José Mariano Lara, 1844, tomo 2, p. 20.

15 * J. F. Simonot, *Résumé de l'histoire d'Espagne jusqu'à nos jours*, París, A. Leroux, 1823, pp. 31-50. Traducción nuestra.

las artes. La civilización retrocede hasta su infancia, y los pueblos se sumen en una profunda ignorancia, fuente de desgracias, vicios y crímenes.

El hermoso cielo de España tuvo que atraer a los bárbaros; así que debió sufrir terribles calamidades. Su historia durante estos tiempos deplorables es un caos que no importa mucho. Vemos sólo guerras feroces entre los romanos, los nativos, los francos, los suevos o los sajones, los vándalos, los godos, los visigodos, los ostrogodos, que, a su vez, se establecen en la Península, son expulsados de ella, pero regresan, a atrincherarse en las montañas, descender a las llanuras, parecen existir sólo para luchar, y luchar sólo para calmar la sed de sangre y el saqueo que los devora.

Los francos lo arrasaron durante doce años y destruyeron un gran número de ciudades florecientes. Después de ellos, los suevos y los vándalos cometieron nuevos horrores. Las tres plagas más terribles de la especie humana, la guerra, la peste y el hambre, se unen para desolar a estos países infelices. Los ganadores y los vencidos sucumben, o se convierten en el pasto de bestias feroces atraídas por el olor de la sangre.

Por fin, saciados de la carnicería, estas hordas de exterminio se extendieron por la despoblada España, donde ya no se reconocía la dominación romana. Los suevos y los vándalos se apoderaron de Castilla; los alanos de la provincia de Cartagena y Lusitania; los silinganos de la Bética.

Pero los godos, que se habían dirigido primero a Italia, habían tomado y saqueado Roma. Su rey Ataúlfo, que casó con Placidia, hermana del emperador Honorio, resolvió restablecer la autoridad romana en España, y tomó Barcelona, un punto importante, para sus operaciones posteriores, pero fue asesinado, y la corona de los godos fue usurpada por Sarus, quien mató a los niños de Ataúlfo y obligó a su madre Placidia a seguir su marcha triunfal en las calles de Barcelona, y se suicidó siete días después.

Esta es la tela de horrores que compone la historia de esos tiempos. Su sucesión monótona tensa el corazón y no tiene luz en la mente. Creemos que el lector nos estará agradecido de no insistir demasiado en estos tristes detalles. El cristianismo, que se estaba extendiendo en las tres partes del mundo, y que estaba preparando una gran revolución, ya había penetrado entre estas hordas bárbaras, pero aún no había suavizado sus feroces modales.

Un guerrero gótico llamado Valia asciende al trono por elección; continúa los proyectos de Ataúlfo. Sus talentos militares y su ardor triunfan sobre el desesperado coraje de los alanos, los silinganos, los suevos y los vándalos. Él los golpea

sucesivamente, y cubre Castilla, Lusitania y la Bética con sus cadáveres. España vuelve a ser, por un tiempo, la provincia romana.

Los bárbaros a veces se reunían contra los romanos, o defendían su causa, de acuerdo con los caprichos y los intereses del momento de los jefes que los comandaban. A menudo, también, se dividieron entre sí y lucharon ferozmente.

Los vándalos que se habían retirado a las montañas de Galicia y salieron repentinamente, hacen una gran carnicería de los suevos que se oponen a su paso, golpean a los romanos bajo las órdenes de Castino, se apoderan de Sevilla y Cartagena, y hacen una expedición a las islas Baleares, desde donde regresan cargados con un rico botín. Genserico, su rey, formó el plan para pasar a África, y los españoles, encantados de deshacerse de estos terribles anfitriones, les proporcionaron buques.

Pero la salida de los vándalos no devolvió el descanso a España; rescatados de estos formidables rivales, los suevos reanudaron sus incursiones: descendieron de sus montañas donde, en caso de reveses, encontraron un retiro casi inaccesible, se extendieron en el país y amenazaron con arrancar a los romanos los débiles restos de su dominación en España. Estos orgullosos conquistadores eran muy degenerados y ya no podían resistir a sus enemigos solos. Pidieron en su ayuda a Teodorico, rey de los godos que reinó en parte de la Galia, y que cruzó los Pirineos con un numeroso ejército, derrotó a los suevos en una gran batalla, avanzó hasta Lérida y pudo haber subyugado a toda España, si la noticia de una revolución, que había privado a Avitus de su amigo y aliado del trono imperial, no lo hubiera decidido a retirarse.

Teodorico fue asesinado por su hermano Eurico, quien lo sucedió, y penetró nuevamente en España y corrió como conquistador. El rey de Italia, Odoacro, le abandonó todo lo que los romanos poseían más allá de los Alpes, hasta el Rin. España fue incluida en esta donación, que fue confirmada por el Senado. Orgullosa, dominante y, a menudo, llena de facciones durante la República, el Senado romano era, bajo los emperadores, un servilismo que inspira disgusto. Corrió frente a la voluntad del maestro y se enorgullecó de su sencillez, a la que llamó devoción. Hemos visto otro senado que, a este respecto, no cedió al de Roma.

Llegado al trono por un crimen, Eurico era, sin embargo, un gran príncipe. Había fijado su residencia real en Burdeos, y desde allí extendió su dominio sobre una gran parte de España y la Galia. Disfrutó de una extraordinaria influencia sobre muchas tribus bárbaras, que no fueron sometidas de inmediato a él, pero las forjó e inclinó a su gusto. Su poder era grande cuando murió. Su sucesor fue su hijo Alarico.

Los francos, comandados por Clovis, avanzaron desde las orillas del Rin y el Mosa a las orillas del Sena. Syagrius, un general romano, que mandó en el Soissonnais, después de haber sido vencido por Clovis, buscó un asilo en la corte de Alarico. El jefe de los francos le exigió al rey Goth que le entregara a Syagrius, a quien le cortaron la cabeza. Esta debilidad de Alarico inspiró a Clovis con desprecio, quien resolvió atacarlo. La ambición de los príncipes nunca carece de pretexto. Los godos y su rey eran cristianos, pero de la secta Arrio, que negaba la divinidad de Jesucristo. Clovis y sus francos acababan de regenerarse en las aguas del bautismo, y ciertamente estaban muy lejos de comprender algo sobre todas esas sutilezas teológicas que causaron tanta discordia y que tanta sangre fluyó. Pero la herejía de Alarico lo hizo más culpable de lo que poseía las provincias más bellas de la Galia. Clovis lo atacó y le ganó, cerca de Poitiers, una batalla en la que lo mató con su propia mano.

Los derrotados godos se retiraron a España, donde trajeron a Amalarico, hijo y sucesor de su último rey, que aún era menor de edad. Su tutela fue confiada a Theudis, quien gobernó con sabiduría y le devolvió el poder a Amalarico cuando ese príncipe había alcanzado su mayoría. Se había casado con Clotilde, una de las hijas de Clovis. Esta mujer, que despreciaba a su marido porque era un arriano, contrató a uno de sus hermanos para declararle la guerra. La acción de Clotilde es infame, y quizás, sin embargo, la aplaudió internamente, porque no imaginaba ninguna duda de que estaba preparando así la conversión de los sujetos arrianos de Amalarico. Este desafortunado príncipe fue derrotado y asesinado en Narbona. ¿Cuánta bajeza, miseria y crimen han hecho que la religión haga mal, y por qué debe ser tan fácil y común distorsionar sus preceptos y espíritu?

La corona de los godos, que hasta entonces había sido hereditaria, se convirtió en electiva. Se entregó a Theudis, que ya había gobernado durante la minoría de Amalarico.

Theudis era un príncipe sabio y valiente; sin embargo, su reinado no fue feliz. El continuo estado de guerra en el que vivían los bárbaros que habían invadido el sur de Europa todavía no permitía ninguna mejora apreciable. Los hijos de Clovis, al frente de los francos, hicieron una irrupción en España y penetraron hasta Zaragoza. Se retiraron cargados con un rico botín, cuando Theudis los atacó y los obligó a abandonar una gran parte.

Frente a Gibraltar, y en las costas de África, está Ceuta, de la que los romanos, dirigidos por Belisario, se habían hecho dueños. Theudis resolvió recuperar esta importante fortaleza y la invirtió después de cruzar el estrecho. Pero la piedad

extrema de este príncipe hizo que su empresa fracasara. Observó y observó los días de fiesta con gran rigor. Un día, cuando estaba en oración con todos sus soldados, los asediados salieron del lugar y sorprendieron al campamento enemigo, donde propagaron el terror y la muerte. Theudis levantó el sitio y regresó a España, donde murió poco después.

Es una alegría para la gente que sus príncipes sean religiosos, cuando son a la vez buenos, justos y humanos; pero si, pasando parte de sus días al pie de los altares, se muestran violentos, parciales e injustos; si, en su falso celo por el mantenimiento de lo que llaman el orden social, es decir, los privilegios y el poder absoluto, fomentan la guerra civil en las naciones vecinas, y quieren traer el flagelo de la guerra extranjera, ¿cómo creer en la sinceridad de una devoción que produce resultados tan tristes?

Desde la primera invasión de los bárbaros, los nativos han dejado de desempeñar un papel en la historia de España. Este país infeliz no tiene sabor a descanso, hasta que cuando uno de los pueblos extranjeros que lo esclavizan logra consolidar su dominación, los godos lo alcanzaron en ese momento y la Península se los entregó casi por completo. Pero al mismo tiempo eran dueños de una parte de la Galia meridional, y los hechos históricos, así como las vicisitudes de esta monarquía, no se relacionan exclusivamente con España. Además, a menudo ofrecen poco interés, y este resumen no sería más que una nomenclatura seca, si nos esforzamos por omitir el nombre de ninguno de esos príncipes muy dignos del olvido en el que han caído. La historia, hasta el momento, ha estado muy ocupada por monarcas y muy pocos pueblos. Nos gustaría empezar dando un ejemplo contrario.

Después de Teudiselo y Agila, quienes murieron de muerte violenta, Atanagildo, competidor de este último, vio su autoridad generalmente reconocida. Pero él había llamado a los romanos en su ayuda, cediéndoles algunas ciudades marítimas, y estos peligrosos aliados estaban desolando a los países vecinos. A pesar de la obstinada guerra de Atanagildo, no pudo expulsarlos porque continuamente recibían ayuda de África. Después de su muerte, Liuva, gobernador de las provincias que los godos poseían más allá de los Pirineos, fue llamado al trono sin ninguna traición previa, y su única reputación fue ser un buen hombre. Si la elección siempre produjera tales resultados, sería mucho más preferible a la herencia que tan a menudo da el destino de los estados a los hombres malvados o tontos. Con el consentimiento de la gente, Liuva había asociado con el trono a su hermano Leovigildo, quien le sucedió, y su reinado fue glorioso. Gracias a un interregno que siguió a la muerte de Atanagildo, los romanos penetraron en el

corazón de España. El nuevo rey los derrotó y los devolvió a sus fortalezas a la orilla del mar. Sus dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, fueron designados para llevar la corona después de él. Pero el primero de estos dos príncipes que se rebelaron contra su padre fue capturado y condenado a muerte. Tuvo el izquierdismo para abrazar la fe católica. Fue hecho santo y mártir, a pesar de su rebelión, porque rechazó la gracia que se le ofrecía, a condición de que renunciara al catolicismo. Su hermano Recaredo también era católico, en secreto; pero ocultó su creencia hasta que ascendió al trono. Luego se declaró altamente, y empleando a su vez los medios de persuasión y fuerza, logró establecer en sus estados el culto que él mismo profesaba. Sin embargo, una gran cantidad de godos habían permanecido arrianos en el corazón. Rara vez los católicos han sido modestos en su triunfo. Su bravuconada e insultos irritaban a los hombres que una sabia tolerancia había llevado gradualmente a la religión dominante. Los descontentos corrieron a las armas dos veces diferentes; pero fueron vencidos y obligados a someterse.

El clero romano siempre ha mostrado un gran amor por la dominación y, a menudo, una gran habilidad para elegir los medios para lograrlo. Recaredo, quien lo necesitaba para consolidar su trabajo, le permitió tomar parte en la administración de los asuntos públicos y le permitió asumir un principio de autoridad que luego recibió considerables aumentos. Queriendo regular al mismo tiempo los asuntos de la Iglesia naciente y los del reino, reunió una asamblea, a la que se le dio el nombre de *concilio*, pero en ella muchos obispos entraron con los nobles laicos. Estas asambleas se convirtieron poco a poco en uno de los poderes constituyentes del Estado. Hay dieciséis desde el reinado de Recaredo hasta la invasión de los moros. Sus resoluciones se hicieron públicas, y cuando la gente había dado su adhesión, adquirieron fuerza de ley. Cuando el trono quedó vacante, eligieron al nuevo monarca, que hizo un juramento a Dios y al pueblo, para cumplir con los deberes impuestos a él por la realeza.

Recaredo fue justo, firme, pero moderado. Defendió sus estados con mucho vigor y no intentó extenderlos. Obligó a los romanos a permanecer fieles a los tratados y rechazó a los gascones que deseaban recuperar las provincias en las que habían estado anteriormente en la orilla derecha del Ebro. Esta fue su última hazaña, poco después de rendir homenaje a la naturaleza. Su reinado, aunque incómodo, fue glorioso, y España ocupó un lugar honorable entre las naciones europeas.

Los tronos monárquicos, de alguna manera, no fueron más allá del trono de los godos: Liuva, el hijo mayor de Recaredo que pereció como conspiración; Witerie, su asesino, a quien los católicos asesinaron porque sospechaban que

había abrazado el nacionalismo en secreto; finalmente, Gondomar, líder de la facción que había derrocado a Witerie, y que murió el segundo año de su reinado. Las grandes cualidades de Sisebuto unieron los votos a su favor. Aspiraba a la gloria para expulsar a los romanos de España, los atacó y ganó dos batallas sobre ellos. Heraclio entonces reinó en Constantinopla; Presionado por los numerosos ejércitos de los persas y los árabes, no pudo enviar ayuda a España. Se concluyó un tratado con el monarca gótico y se le abandonaron las fortalezas marítimas. Sisebuto era naturalmente bueno y humano; le habían oído exclamar al ver un campo de batalla: ¡desafortunado que yo haya visto tanta sangre derramada por mis órdenes!, pero un celo demasiado ardiente por su religión lo hizo intolerante y cruel. Quería obligar a los judíos a abrazar el cristianismo. Muchos obedecieron para salvar su fortuna y sus vidas. Los que se negaron murieron en las torturas. Cuando uno lee, en el Evangelio, las palabras emitidas por el legislador de los cristianos, siempre es sorprendente que una doctrina llena de indulgencia y misericordia haya dado lugar a tantas crueldades horribles.

Recaredo II sucedió a su padre Sisebuto, y no le sobrevivió mucho. Luego se ofreció la corona a Suintila, hijo de Recaredo I, quien había sido conocido por su valentía. Los gascones habían hecho una irrupción en España; los venció y los obligó a volver a los Pirineos. Luego marchó contra los griegos romanos que aún eran dueños del reino del Algarve, parte de la Portugal moderna, se apoderaron de sus fortalezas y los obligaron a evacuar la Península, que estaba completamente sujeta a su dominio. Hasta entonces, su gobierno era digno de alabanza, pero, cuando creyó haber vencido todos los obstáculos, se abandonó a las seducciones de la voluptuosidad, la avaricia y el orgullo. El descontento se generalizó, y Sisenando, gobernador, elevó el estándar de la revuelta. Asistido por un ejército de francos, que Dagoberto le había proporcionado, obtuvo un éxito completo, y fue proclamado rey en lugar de Suintila, quien, abandonado por sus tropas y su propio hermano, había huido. A este evento se adjunta una peculiaridad destacable. Los godos habían contribuido una vez a la derrota de Atila en los Campos Cataláunicos. Para recompensarlos, el general romano Aecio, presentó a su líder, Torrismond, una fuente de oro macizo, que los godos atesoraron como un monumento de su valor. Dagoberto había pedido esta fuente por el precio de la ayuda que le dio a Sisenando. Este príncipe deseaba cumplir su palabra, pero los godos murmuraban en voz alta. No habiendo podido evitar la ejecución del tratado, fueron a emboscarse en el camino donde debían pasar los embajadores de Dagoberto y regresaron a la fuente. Dagoberto se vio obligado a contentarse

con una suma de dinero. Este apego, casi religioso de los godos por un objeto que recordaba uno de sus más bellos actos de armas, no tiene nada que sorprender. Así, toda Francia, con la excepción quizás de algunos hombres que están irritados por una gloria cuya mirada los hierde, porque les es ajena, toda Francia contempla con orgullo esta columna de la Plaza Vendôme, donde tantas victorias brillantes se trazan en el viento.

Los reinados de Chintila y su hijo Tulga, quienes sucesivamente ocuparon el trono después de Sisenando, fueron cortos e indignos de atención. El primero publicó un edicto que ordenaba a todos sus súbditos abrazar la religión cristiana, y que dio origen a nuevas persecuciones. El segundo fue depositado y confinado en un monasterio, después de haber sido arrasado, una ceremonia que, en los modales de esa época, fue un obstáculo para su regreso al trono. Chindasvinto, proclamado por una parte de la nobleza, tuvo que luchar contra otra facción que derrotó, y cuyos jefes perecieron en el andamio. Su hijo Recesvinto, que le sucedió, reinó veinticuatro años, e hizo la felicidad de la gente por su sabiduría y su moderación. A su muerte, toda España estaba de luto. ¡Cuán pocos monarcas han merecido estar tan sinceramente arrepentidos!

Después de largas guerras extranjeras o intestinales, el poder de los godos se había extendido por toda la Península. Los descendientes de las antiguas tribus nativas, cartagineses, romanos, alanos, vándalos y suevos, confundidos con el pueblo conquistador, formaron no más de una nación que, bien gobernada, podría alcanzar un alto grado de prosperidad, cuando una nueva plaga llegó a fundirse sobre España y la preparó para ocho siglos de agitaciones y grietas. Entendemos que queremos hablar de la invasión de los moros, a la que tocamos.

DOCUMENTO 2

Desde la caída del Imperio romano, en 476^{16*}

El norte de Italia fue, en la relación de Tito Livio, originalmente poblado por colonias etruscas. Pero alrededor del 600 a.C., una gran emigración de galos vino repentinamente a dar nuevos maestros a este país. Beloveso, y otros jefes después de él, establecieron a sus hombres en las hermosas tierras regadas por



16 * M. Trognon, *Résumé de l'histoire d'Italie*, 10ª ed., París, Leconte et Durey, 1825, pp. 5-47. Traducción nuestra.

el Tesino y el Po, y sentaron las bases de varias grandes ciudades. Milán, Pavía, Brescia, Verona, etcétera, se refieren a estos tiempos de su origen. El genio bélico de los galos continuó en sus descendientes, aunque se transportó bajo un cielo más suave, y el nombre de Cisalpine Galia permaneció durante varios siglos en las provincias que habían conquistado.

Roma tuvo más de una batalla por luchar antes de que Cisalpine Galia lo obedeciera; pero llegó un momento en que toda Italia estaba confundida en los destinos de esta poderosa ciudad y bajo el imperio de su civilización. Vemos que, en los días de los primeros emperadores, los municipios de Cisalpine eran numerosos y florecientes. Desde el siglo IV, los vemos atacados sucesivamente, en cada una de sus franquicias, despojados de su opulencia, y sucumbiendo hasta el final bajo las vejaciones sin número del despotismo. En cuanto al campo, están desiertos e incultos como en toda Italia: el lujo ruinoso de los masones del placer ha reemplazado a los útiles trabajos de la agricultura.

Sin embargo, anteriormente había acumulado tantas riquezas en esta Italia, victoriosa de las naciones, que la miseria, aunque aumentaba día tras día, aún se escondía bajo las apariencias de esplendor. Milán fue elegida por el emperador Maximiano para exhibir ante los ojos de la gente un esplendor asiático que habría conmocionado los recuerdos republicanos de Roma, se dio una segunda capital a Italia y su magnificencia igualó la de la antigua.

“Las casas —dice un historiador moderno, según el testimonio de Ausonio— fueron tan bien construidas como las de Roma. El mismo gusto y cortesía reinaba entre los habitantes. Un circo, un palacio, un teatro, un patio de monedas, baños con el nombre de Maximiano, su fundador; los pórticos adornados con estatuas, un doble recinto de muros, contribuyeron a la belleza de la nueva ciudad imperial, que el barrio de la antigua no parecía ensombrecer.”

Pero toda esta pompa duró por muy poco tiempo. Los bárbaros, que por fin habían demostrado la debilidad del Imperio, temblaron por todos lados y comenzó la invasión del mundo romano. Fue en vano que Italia contara con la barrera de los Alpes, fortificada por las miserables ruinas de sus antiguas legiones: la cobardía o la traición la dejaron abierta a los innumerables enjambres que la invadieron, y las provincias de Cisalpine tuvieron el triste privilegio de limpiarla. En cada incursión, la primera furia de los bárbaros.

Este no es el lugar para recordar todos los estragos que señalaron sucesivamente la marcha de Alarico, Radagario, Atila y los otros jefes escitas o alemanes a través de los cuales se recorrió el norte de Italia. Nos apresuramos a llegar a la

gran catástrofe que acaba con el Imperio romano, y con la que suelen relacionarse los inicios de la historia moderna.

Un ejército de bárbaros confederados, que vendían sus servicios a un alto precio, había sido durante varios años el único apoyo del trono imperial. Las pretensiones de estos mercenarios aumentaron a medida que crecía la angustia de Italia: llegaron a reclamar el tercio de las tierras de ese país; y uno de sus líderes se reunió con quien prometió satisfacerlos. A este precio, Odoacro obtuvo el título de rey y borró el de emperador. En el año 476 d.C., el nombre del dominio romano había desaparecido de Occidente.

Una vez conquistada, Italia a menudo tuvo que cambiar de amos. Diecisiete años después de que Odoacro hubiera establecido su reinado, Teodorico lo reemplazó con la nación de los ostrogodos. Ninguna violencia señaló esta nueva conquista, y todo el esfuerzo del conquistador fue hacer que los italianos creyeran que habían regresado bajo el antiguo gobierno de sus emperadores. Teodorico, por esta sabia conducta, pensó que estaba preparando un largo tiempo para la dominación de los godos, y se convenció de que su reino, poderoso para la guerra y bien ordenado para la paz, estaría exento de la condición efímera de los reinos bárbaros. Las apariencias de prosperidad que lo rodeaban; la magnificencia de Roma aliviada; Pavía; Verona y Ravena se adornaron con un esplendor que nunca habían conocido; Italia, finalmente, mejor civilizada que Bizancio; todo esto, sin duda, podría cegar a este gran hombre a la solidez de su trabajo. Pero cuando muere, ve la verdad, y su previsión buscó en vano desviar un mal inevitable.

De hecho, la monarquía que fundó tenía sólo un cuarto de siglo. Los talentos de Belisario y Narsés prevalecieron contra el coraje de los godos y, como nación victoriosa, se convirtieron en una nueva raza agregada a todos aquellos que ya habían llegado a confundir dentro de Italia. Tal destino estaba reservado para el poder de los emperadores bizantinos: pronto iba a ceder el paso a otro pueblo conquistador. Pero al menos eso sucedió cuando las tribus germánicas, largas en movimiento, comenzaron a descansar y arreglarse, y el futuro le prometió un establecimiento tranquilo y duradero.

Los lombardos dieron su nombre al norte de Italia: dejaron una larga huella de sus leyes y costumbres. Por lo tanto, debemos insistir más en ellos que en los otros bárbaros que se han mostrado corriendo hacia las provincias italianas.

Pablo Warnefred relata que los lombardos fueron tomados de Escandinavia, su estancia primitiva, por sus jefes Ibor y Ayo, quienes los llevaron a Panonia, a orillas del Danubio. Apoyaron las guerras largas y sangrientas contra los gépidos, pueblos

de raza asiática, y terminaron aniquilándolos. Esta victoria hizo a Alboin, el líder de los lombardos, famoso entre las tribus alemanas, y, en el siglo VIII, su nombre aún se reporta con honor en las canciones de batalla de los sajones y los bávaros. Cuando Narsés expulsó a los godos de Italia, encontró en los lombardos útiles auxiliares; cuando quiso vengarse de las injusticias de la emperatriz Sophie, fue nuevamente con el audaz genio de Alboin y el valor de su pueblo lo que recurrió.

Frutas suculentas y otros regalos similares, un testimonio de la rica fertilidad de las tierras italianas, fueron enviados al rey bárbaro para atraer su codicia. Alboin respondió con gran entusiasmo a la oferta que se le hizo, y su gente acogió con entusiasmo la esperanza de una presa tan hermosa. La nación lombarda, por lo tanto, partió con veinte mil sajones para buscar sus nuevas viviendas. El aparato de tantas fuerzas congeló los corazones de los habitantes y, como estaban acostumbrados a cambiar de maestro, abandonaron tranquilamente Alboin para extenderse desde las colinas de Trento hasta las murallas de Rávena y Roma. Solo Pavía, a quien los godos habían fortificado, detuvo el rápido curso de su conquista y entró solo después de tres años de asedio. Pero Alboin encontró la muerte casi en medio de las alegrías de su victoria. Había traído a su cama a Rosamunde, hija de Cunimond, rey de gépidos, que había sucumbido bajo sus golpes. “Bebe con tu padre”, le dijo a su esposa un día, presentándole el cráneo de Cunimond, que había preparado una taza para el banquete. Rosamunde humedeció sus temblorosos labios en el licor, pero al mismo tiempo murmuró un juramento de venganza que pronto se cumplió. Alboin pereció asesinado.

Clef, quien fue elegido para sucederlo, tuvo el mismo destino, y, durante diez años, una aristocracia de treinta duques reemplazó a la realeza entre los lombardos. Pero sea cual sea la debilidad de este gobierno desordenado, el trabajo de Alboin subsistió. Italia se escapó para siempre de los griegos, con la excepción de los débiles escombros que componían el exarcado de Rávena, y la dominación de los nuevos conquistadores se estableció tan sólidamente que su nombre se impuso a las provincias que ocupaban.

Tres ejércitos de francos vinieron sucesivamente para atacarlos, y fue entonces cuando la necesidad volvió, bajo un solo jefe, a sus bandas divididas. Autario, elegido por sus compañeros para mandarlos, justificó su confianza por el éxito, y, victorioso, dibujó con su lanza la columna de Regio, en Calabria, el límite sur que pretendía dar al imperio lombardo. Su matrimonio con la bella y sabia Teodolinda, hija del duque de los bávaros, lo hizo aún más querido para su nación.

No podemos pretender seguir aquí en detalle toda la sucesión de los reyes lombardos. Durante los dos siglos de poder, reinaron veintiún príncipes, y muchos de ellos con gloria. Los nombres de Rotario y Liutprando son recomendados especialmente por recuerdos honorables. Pero tal era la condición de la autoridad real entre las naciones bárbaras de Alemania, que su influencia en el estado del país en el que se encontraba se redujo casi a la nada. Entre los lombardos, en particular, las oportunidades continuamente renovadas de elección popular, y la formidable rivalidad de los exjefes de las bandas, convertidos en poderosos duques o gobernadores independientes de las provincias, restringieron el reinado a ciertos límites y dieron lugar a muchas vergüenzas. Entonces tendremos una idea clara del gobierno que luego gobernó el norte de Italia, imaginándolo como una confederación aristocrática sobre la cual se colocó una autoridad militar, más o menos obedecida de acuerdo con las cualidades personales de la persona que la ejerció, debajo del cual vivía una población servil y despreciada, dedicada casi en su totalidad al cultivo de los campos u otras obras de esclavitud.

Cuando llegaron a su país de conquista, los lombardos, al igual que todos los pueblos germánicos, tenían antiguas costumbres que hasta entonces habían sido perpetuadas por la tradición, pero a partir de ese momento se les hizo necesario arreglarlos por escrito para asumir su verdadero carácter de legislación. Este trabajo se realizó unos ochenta años después de la llegada de Alboin, bajo el reinado y cuidado de Rotario. Varios escritores modernos, y entre ellos Montesquieu y Gibbon, creen que en la ley lombarda se percibe un tipo de sabiduría y previsión muy superior a la de otros códigos bárbaros.

No hace falta decir que contiene los dos principios fundamentales de la legislación germánica, la redención de delitos propensos al dinero y la purga de juramentos. El juicio de Dios, o el duelo judicial, también está consagrado a él, y todos anuncian que se aferraba profundamente a los modales nacionales: cuando, a principios del siglo VIII, Liutprando concibió la idea de prohibirlo, se encontró detenido por el temor de causar una gran pérdida del genio de su pueblo, y se limitó a tratarlo como una costumbre impía, “porque —dice— el juicio de Dios es dudoso, y a menudo vemos la causa más justa sucumbida a las armas en la mano”. Pero Liutprando fue más feliz en otras innovaciones, y el código lombardo, como salió de sus manos, purificado y perfeccionado, contiene varias disposiciones llenas de justicia y humanidad. Además, al lado de este código estaban vigentes, de acuerdo con el uso de la tolerancia bárbara, las leyes sálica, ripuaria, alemana,

bávара, así como la jurisprudencia romana. Cada uno fue juzgado de acuerdo con la legislación de su país: parecía tan simple como usar la prenda.

Se acuerda alabar la moral de los lombardos, como más generosa y dulce que la de casi todas las tribus conquistadoras de Alemania. No es que, al tomar posesión, su clemencia fuera señalada contra los vencidos, por el contrario, la trataron sin piedad y no pusieron límites a su rapacidad ni a su violencia. Miles de italianos fueron asesinados o desterrados; el resto mantuvo su propiedad bajo la condición de pagarle al conquistador un tercio de sus ingresos; y ya sea que los encontremos en la historia con el nombre de *Arimans* o de *hommes de Masnade*, signos de una dependencia bastante afinada, o que los encontremos clasificados entre los aldeanos y siervos, casi en ninguna parte los antiguos súbditos de Roma preservaron la dignidad. Del hombre libre, o la independencia del rico propietario. Pero, aparte de esta primera y gran injusticia, el personaje lombardo ofrece algunos rasgos que no toman la barbarie. Ninguna gente en esos tiempos trató las condiciones serviles con tanta gentileza; nadie estaba más interesado en pasar de la vida turbulenta de los bosques y los campos a los dulces de la vida social, sin perder las orgullosas virtudes de su primer estado. El lombardo siempre fue franco, hospitalario, lleno de audacia y aventura, a pesar de que se había dejado vencer por el contagio de los modales romanos. Cuatro generaciones después de Alboin, ya no podía reconocer el hábito colorido y la barba erizada de sus antepasados; pero tenía en su corazón los sentimientos que habían animado, y las dietas de Pavía mostraron que el hombre de Alemania no había renunciado a sus privilegios en suelo italiano. Por lo tanto, no dudamos en creer que es necesario atribuir a los lombardos la energía singular que se encontró más tarde en los países que habían ocupado.

Sin embargo, había llegado a la mente de más de un rey lombardo para completar el trabajo que Alboin había establecido imperfectamente, y conquistar el resto de Italia. Varias causas lo obstaculizaron durante mucho tiempo, y todo se limitó al bandido. Pero Liutprando, tan famoso por su valor como por su sabiduría, logró entrar en Rávena y apoderarse de la pentápolis de Romaña. Los brazos del exarca Eutiquio y las súplicas del papa Gregorio III hicieron que abandonara ambas conquistas. Sin embargo, el camino se abrió a sus sucesores, y la destrucción del exarcado, así como la invasión de Roma, se convirtieron en su pensamiento constante. Astolfo tuvo la suerte de tener éxito en la primera de estas empresas, y, en 752, la dominación de los emperadores griegos terminó en Rávena. Quería

ir más lejos y convertirse en maestro de Roma: preparó para ello su ruina y la de la monarquía lombarda.

En aquellos tiempos acababa de terminar en los francos la carrera de los príncipes merovingios. Pipino, autorizado por el pontífice Zacarías, había tomado el nombre de rey en la asamblea de Soissons y, en la ceremonia de coronación, había sometido a la protección del cielo su usurpación. Fue con él que Esteban II se refugió, amenazado en Roma, en los brazos de Constantino; y después de haber obtenido del Papa la renovación de la oficina real, que San Bonifacio ya le había conferido, Pipino accedió a otorgarle su ayuda.

Italia, por lo tanto, volvió a ver los brazos de los francos a quienes había olvidado durante casi dos siglos, y se dio un primer golpe al poder de los reyes lombardos. De hecho, Pipino condujo rápidamente a Astolfo de la campaña romana a los muros de Pavía, lo asedió y lo obligó a jurar que volvería a los pueblos que había tomado. Pero apenas los francos habían abandonado Italia, de lo que se había olvidado este juramento, y Astolfo había devuelto a su ejército a las murallas de Roma. Mientras destruye los alrededores, Esteban II dirige una segunda ley a Pipino y, para obtener su ayuda con mayor seguridad, le envía esta famosa carta escrita en nombre de San Pedro, “en la que se da a conocer —dice Fleury— el genio de este siglo, y hasta qué punto los hombres más serios sabían cómo empujar la ficción cuando pensaban que era útil”. Convocado por el Príncipe de los Apóstoles, Pipino, con sus compañeros de armas, repasó los Alpes y obligó una vez más al rey de los lombardos a refugiarse en Pavía, incluso a someterse a las condiciones del tratado que había violado. Por este tratado, el exarcado y el pentápolis se atribuyeron al pontífice de Roma, a pesar de las quejas de los diputados del imperio griego.

Desiderio o Didier, hombre noble de Brescia y uno de los duques de Lombardía, elegido rey en lugar de Astolfo, siguió la misma política que su antecesor. Preservó el país que había jurado restaurar, y mantuvo una disputa abierta con la Santa Sede y con los francos en una especie de paz hostil. Bertrada, la esposa de Pipino, buscó, en vano, unir a las dos naciones rivales por matrimonio. Carlomagno parecía haberse casado con Ermengarda, la hija de Didier, sólo para escandalizarla casi de inmediato por un divorcio. El lombardo, por su parte, recibió de él a la viuda y los hijos de Carlomán, cuya herencia Carlos había encantado. Así los sórdidos odios los animaron unos contra otros, y los pretextos de la guerra no podían fallarles.

Didier, cuyo impetuoso personaje exigió una pronta venganza, concibió la sabia idea de tener a los infantes de Carlomán coronados por el papa Adrián I, y así provocar vergüenza interna a su rival, que estaba en guerra contra los sajones.

Pero Didier no era ni amigo ni enemigo lo suficientemente poderoso como para obtener tal favor del Papa. Adrián se negó abiertamente. Los brazos lombardos arrasaron las tierras de la Iglesia, y el pontífice, habiendo tratado, en vano, de desviarlos con sus oraciones, invocó la ayuda del rey de los francos.

Carlomagno comenzó enviando a Didier tres embajadores, quienes lo convocaron para que *devolviera a San Pedro lo que le pertenecía*. Didier respondió que nada en el mundo lo haría consentir: era una declaración de guerra. Pero era muy imprudente, y el lombardo no sabía que, al mismo tiempo que llamaba a Carlos en Italia por su desafío audaz, una parte de los nobles de su reino lo llamaban por sus intrigas. Después de que la expedición se hubo establecido en la asamblea general de los francos en Ginebra, Carlomagno marchó rápidamente hacia las cercas de los Alpes. Así, una larga línea de muros, bastiones y torres fue nombrada en la entrada al valle de Suze. Allí, el joven Adalgiso, hijo de Didier, esperaba a los francos y los detuvo durante mucho tiempo por su formidable valor. Incluso ahora, cansado de retrasos de una empresa sin fines de lucro y sin gloria, Carlomagno doblaría sus tiendas de campaña, cuando Martín, diácono enviado por el arzobispo de Rávena, le mostró un camino a Italia. Las divisiones de los líderes lombardos le dieron una victoria fácil. Didier y Adalgiso se defendieron durante un tiempo, uno en los muros de Pavía y el otro en los de Verona. Pero ambas ciudades pronto abrieron sus puertas, y los lombardos corrieron en multitudes hacia el vencedor.

De hecho, la revolución que acababa de lograrse tenía poca importancia para ellos. Habían cambiado a su líder; pero todo se mantuvo allí. Ni sus instituciones fueron derrocadas, ni sus propiedades invadidas, ni su condición disminuida: se mantuvo todo lo que había existido bajo sus antiguos reyes; sólo obedecieron a un extraño. No debemos tomar esta conquista de Lombardía por Carlomagno como uno de aquellos donde la espada del vencedor aniquila la existencia política de los vencidos. Después de haberse puesto la corona en la cabeza, e instituido a sus lugartenientes, partió con su ejército victorioso y dejó el país a la gente que había encontrado allí. Cuando regresó, fue para convocar la dieta de Pavía y regular los asuntos del reino, como lo habían hecho sus antecesores. Por lo tanto, podemos decir que, conquistada por los francos, el norte de Italia permaneció en los lombardos.

La prueba se hizo manifiesta después de la muerte de Carlomagno. Durante los setenta y cuatro años que permaneció el título de la realeza para sus descendientes, apenas tuvieron influencia en Italia. Luis II, el único cuya estancia fue sentida por la gente, consumió toda la duración de su reinado para defender a los sarracenos

de las provincias del sur. Los otros, ansiosos por coronar la corona lombarda, permitieron que la autoridad se dispersara a manos de esa poderosa aristocracia que, bajo los diversos títulos de duques, marqueses, condes e incluso obispos, había perturbado a los antiguos reyes y había despojado casi por completo de los nuevos reyes. De este modo, comienza en Italia este gran número de soberanías parciales, independientes entre sí, que encontraremos de nuevo durante la Edad Media, y cuya imagen nos fue ofrecida por los treinta ducados lombardos en el principio mismo de la conquista.

Carlos *el Gordo* fue depuesto en 888 en la Dieta de Tribur, la realeza carlovingia terminó en las provincias lombardas. Al igual que los estados alemanes, los italianos creían haber regresado al antiguo derecho de elegir a sus príncipes, y sus votos se dividieron entre Berengario, marqués de Friuli, y Guido, marqués de Spoleto, ambos fingiendo que las mujeres descendían de Carlomagno. Los vencedores y vencidos por turnos, Guido y Berengario, en cada cambio de fortuna, compraron nuevos partidarios mediante nuevas y más amplias concesiones, para despojar sucesivamente a la realeza de todas sus prerrogativas; y cuando la muerte de su rival dejó a Berengario victorioso, no se convirtió en un maestro más tranquilo de la corona. El espíritu de independencia de los feudatarios lo impulsó de inmediato a un nuevo competidor, y luego a otro, y siempre así hasta que murió. Pues tal era el genio de los italianos, dice un cronista de la época: “siempre han querido servir a dos amos, contener a uno por el terror que el otro le inspiró”.

Al sangriento flagelo de la guerra civil que arrasó a la Lombardía, pronto se unieron otros no menos terribles. Los húngaros, personas de origen finlandés o escita, habiéndose establecido en las orillas del Danubio, en la antigua Panonia, habían sido llamados en Alemania por la imprudencia del rey Arnulfo, y desde allí se extendieron por toda Europa, señalando en todas partes su marcha por estragos terribles. Para el 900, penetraron en Italia por Friuli y la Marche Trévisane, y renovaron todos los horrores de los que Atila y los hunos habían dejado en la memoria. Berengario en vano trató de detenerlos. Lo derrotaron con un ejército tres veces más pequeño que el suyo; luego, después de verter chorros de sangre y cuidar de sus despojos, regresaron a sus casas salvajes, donde guardaron sus despojos en un lugar seguro. Durante cuarenta años sus incursiones fueron continuas. Dieron a las llamas varias grandes ciudades, Pavía y Génova, entre otras; destruyeron, con una furia ciega, algunos de los hermosos restos de la civilización antigua, y nunca dejó de regresar a las desafortunadas provincias de Lombardía hasta después de que la

batalla de Meersburg hubiera derrocado su poder en Alemania. Nos apresuramos a agregar, sin embargo, que una especie de bendición resultó para las personas de estas invasiones desastrosas. Las ciudades, que anteriormente habían estado abiertas por todos lados, pensaron en rodearse de muros. Su población desarmada estaba obligada a adoptar los hábitos de la guerra; y estas murallas y armas, que habían sido buscadas en primer lugar contra ataques extranjeros, después se convirtieron en garantías aseguradas de libertad y paz interior.

Berengario había prevalecido contra Guido, Lambert y Luis de Arles, quienes se había opuesto sucesivamente al espíritu independiente de sus feudatarios; incluso se había unido a la corona de Lombardía con la del imperio; pero ni este aumento de tamaño, ni las cualidades estimables de este príncipe, y su clemencia hacia sus enemigos, podrían basar sólidamente su trono en una tierra constantemente agitada, como lo fue la de Italia. Se hizo un nuevo rival de Rodolfo II, rey de Borgoña: fue perseguido por la guerra, y finalmente asesinado. Entonces, como el conquistador apenas había recogido los restos de la realeza, una facción se alza contra él y lo obliga a depositar el poder en manos de Hugo, conde de Provenza. Esta vez hubo una larga tregua a los desórdenes de la anarquía. Lombardía había caído bajo el cetro de uno de esos tiranos desvergonzados, cuya mayor habilidad es la audacia, que juega con todo, y que, por el exceso de sus crímenes, hacen creer en el de su poder.

Los primeros disparos de Hugo estaban dirigidos a los de su familia y a todos los responsables de su elevación: no deseaba reinar como su criatura. Luego, sin escrúpulos, golpeó a cada uno de esos duques a quienes sus antecesores habían encontrado tan orgullosos e indomables, que los sustituyó por sus sirvientes borgoñones o provenzales, a quienes pronto rompió a su vez, por temor a que una pequeña duración de sus honores los inspirara con pensamientos de independencia. Era lo mismo con las dignidades eclesiásticas; se convirtieron en el precio de una vil obediencia: aun así, no siempre fueron comprados. Finalmente, la ley de los feudos, no escrita, es cierta, pero que doscientos años de prescripción la habían consagrado, era un juguete para él y, con el único capricho de su voluntad tiránica, se atrevió a hacer lo que Carlomagno con su bandadas victoriosas: trastornó toda propiedad feudal.

Un pueblo oprimido, según la historia, siempre puede realizar el trabajo de su liberación. Pero es de otra manera cuando, en un estado, no hay personas, y un pequeño número de poderes, maestros de todos los demás, forman la sociedad

entera por sí mismos. Si un tirano sale del seno de esta aristocracia y le impone el yugo, es incapaz de sacudirlo solo: debe recurrir a la ayuda extranjera. Esto es lo que sucedió en Lombardía: las armas germánicas reaparecerán allí.

Berengario, marqués de Ivrea y nieto del príncipe de ese nombre, fue el único de los grandes feudatarios de Lombardía que había escapado a la violencia de Hugo; estaba a punto de ser atacado cuando se refugió felizmente en la corte de Otón, rey de Alemania. Allí, todos los descontentos se reúnen cerca de él; y mientras Hugo, que abraza a toda Italia en sus vastas intrigas, se esfuerza en vano por conquistar el poder absoluto en Roma, Berengario se pone a la cabeza de un ejército para despojarlo de lo que ejerció en Lombardía. Se convoca una dieta en Milán. Los señores italianos, procurando evitar el regreso de la tiranía, se apresuraron a regresar a su antigua política y se dieron a sí mismos dos años para no obedecer. Lotario, hijo de Hugo, fue reconocido como rey, y Berengario invirtió con el gobierno general del reino. Pero Lotario murió pronto y la voz pública acusó a Berengario de haberlo envenenado. Su afán por apoderarse de la corona, y sus dificultades hacia Adelaida, viuda del príncipe muerto, acreditaron este ruido. Cierta violencia, que recuerda a la de Hugo, se sumó al odio de que era objeto, y, por segunda vez, los deseos de los señores italianos se dirigieron a Alemania.

Otón no tardó en satisfacerlos, y se fue con un ejército a Italia. Comenzó entregando a Adelaida, a la que Berengario había sitiado, la esposa, y avanzó a Pavía, donde tuvo tiempo de reducir a su enemigo atrincherado en sus fortalezas, y las guerras civiles y extranjeras lo llevaron a Alemania. Por lo tanto, le concedió paz y le dejó la corona, siempre que la conservara como su vasallo. Al año siguiente, Berengario y su hijo Adalberto repararon la Dieta de Augsburgo y prestaron un juramento en manos de Otón, quien les otorgó Lombardía en feudo, pero reservó las ciudades de Aquilea y Verona, así como la Marche Trévisane. Fue en todo momento abrir las puertas de Italia.

Quizás la mala fortuna de Berengario II no corrigió su humor despótico; tal vez también los feudatarios abusaron de la condición reducida de la realeza, para que fuera el juez de su insolencia. Lo cierto es que nunca dejaron de invocar a Otón como árbitro de sus peleas con su rey. El príncipe alemán ya había enviado a uno de sus hijos para castigar las altivas pretensiones de Berengario. Los clamores de los señores romanos y del papa Juan XII se unieron a los de los vasallos de Lombardía, y luego el propio Otón regresó a las provincias italianas. No encontró resistencia, y, por segunda vez, rodeó la corona lombarda. Ese emperador pronto le fue dado por las manos del Papa. Así, por una y la misma revolución, el doble título de la

realeza de Italia y la dignidad imperial se unieron a la soberanía germánica.

Se obtuvieron resultados significativos. Otón no podía permanecer constantemente con sus tropas en el país que había conquistado; no podía dejárselo sin reservas a los barones italianos, y devolver a su misericordia su autoridad. De aquí surgió la idea de oponerse al viejo espíritu de independencia feudal de las nuevas franquicias de las ciudades. Con los estatutos que les fueron otorgados, obtuvieron el derecho de defenderlos. Es fácil concebir hasta qué punto esta prerrogativa legítimamente emanada del poder soberano debería haberse extendido.

Los dos sucesores de Otón se ocuparon poco de Lombardía. Casi continuos disturbios los detuvieron en Alemania, y, cuando pudieron poner un pie en Italia, fue para luchar contra los griegos en las provincias del sur, y para sofocar en Roma los gritos de libertad que el general Crescencio había sonado. Estas circunstancias se volvieron maravillosamente a favor de las ciudades lombardas. Poco o no gobernado desde fuera, aprendieron a ser gobernados por ellos mismos: tenían leyes municipales en lugar de las leyes del imperio, magistrados de su elección en lugar de magistrados impuestos, ciudadanos para soldados y el cercado de sus muros para límite de su patriotismo. Así debió suceder desde el aislamiento donde la autoridad imperial los dejó, veinticinco años ausentes.

A la muerte del último de los otomanos, Lombardía creía que los vínculos que la habían atado a la casa de Sajonia no tenían que sobrevivir a ella. Mientras Alemania elegía a Enrique II, los italianos coronaron a Pavía Ardoín, marqués de Ivrea. Pero luego comenzó a manifestar el patriotismo singular del que hablábamos todo el tiempo, lo que hizo que cada ciudad corriera hacia su independencia, preparada, si así lo recomendaba, para armarse contra lo que estaba cerca de ella. Pavía había proclamado a Ardoín: sólo con esto, Milán, que rivalizaba con Pavía, reconoció a Enrique II, y estas dos ciudades lucharon entre sí.

Las narraciones de lucha con sus largos detalles no son conveniencias de nuestro relato. Sin embargo, como rasgo de la moralidad, relacionaremos aquí un hecho de este tipo: se verá cuánto el valor bélico y el hábito de las armas entraron a los habitantes, últimamente tan débiles y despreciados por las ciudades.

Enrique II, victorioso sobre su rival, fue coronado en Pavía. Sus alemanes, embriagados con vino, insultaron brutalmente a los ciudadanos. Estos inmediatamente gritan a las armas, y los agresores son rechazados. “Es una furia de la población, una arrogancia de esclavos que debe ser castigada”, dicen sus cortesanos a Enrique; y, sin embargo, estos esclavos sitian al emperador en su palacio, sin que su ejército pueda liberarlo. Barricadas cerraron las calles por todos lados. Los

alemanes entonces sólo tenían los recursos para incendiar la ciudad, y entre las casas en llamas se dirigieron a su príncipe. Un gran número de pavesanos fueron masacrados; pero los soldados de Alemania pudieron aprender a despreciar un poco menos a la burguesía italiana, y esta, a confiar más en sus fuerzas.

Bajo los nombres de Henrique y Ardoin, las ciudades lombardas continuaron luchando entre sí: muchas tierras devastadas, poca sangre derramada, la profesión de las armas se volvió cada vez más familiar para todos, tales fueron las consecuencias de estas pequeñas expediciones. Acababan de terminar cuando murió, en 1024, el emperador Enrique II. Como no dejó herederos, los italianos regresaron con entusiasmo al proyecto de independizarse de Alemania. En defecto de un soberano de su país, en el que podían estar de acuerdo, ofrecieron la corona a Roberto, rey de Francia, y a Guillermo, duque de Aquitania; ambos lo rechazaron. Entonces fue necesario que Lombardía aceptara al nuevo dirigente que Alemania se había dado a sí misma: Conrado, el Sáfico, el jefe de la casa de Franconia.

Conrado se apresuró a volver sus ojos sobre sus provincias italianas; y se enviaron diputados a pedir a las ciudades los impuestos que debían a sus soberanos. Era el *foderum*, una contribución en especie, destinada a alimentar al rey y su cámara; la *parata*, cuyo objeto era el mantenimiento de los caminos; el *mansionaticum*, que preveía el alojamiento de la corte y el ejército durante el viaje del príncipe. Conrado siguió de cerca a sus oficiales y convocó la dieta general del reino de Lombardía en la llanura de Roncaglia.

Más de una asamblea se había reunido, en el pasado, en esta llanura, situada a orillas del Po, no lejos de Plasencia. “Entonces —dijo el señor de Sismondi— una ciudad de repente pareció levantarse en medio del desierto; una pared lo rodeaba; plazas y calles trazadas a la línea separaban los pabellones de los reyes, los de los señores y los del ejército. Los comerciantes vinieron de todas partes de Italia y levantaron sus tiendas fuera de las murallas, de modo que los suburbios de la ciudad fueron animados por una feria brillante. El pabellón del rey se colocó en el centro de su campamento; un escudo que cuelga de una rama brillaba a su puerta, y todos los feudatarios fueron convocados por un heraldo para venir y mantenerlo a su vez. La función de vigilar las armas durante las primeras noches sirvió como una revisión para el ejército: los ausentes fueron condenados a la pérdida de sus feudos... El rey pasó los primeros días de la dieta para poner fin a las causas particulares que le son presentadas, como para mantener su derecho al ejercicio del poder judicial. Los siguientes días fueron para recibir embajadas ciudades para ajustar sus relaciones con la monarquía, para poner fin a sus

diferencias. Durante los últimos días de la dieta, el rey cuidó de los intereses de los señores y todas las preguntas que estaban viendo los feudos.”

Conrado decidió entonces uno de los más importantes, el de los jueces señoriales, y por eso se escribió que esta dieta de Roncaglia fijaba la legislación de los feudos en Italia. La herencia masculina en masculina fue consagrada formalmente y eliminada de los ataques de capricho y violencia. La sentencia de varios casos particulares confirmó esta solemne decisión; y después de haber mostrado su autoridad a las diversas provincias de Lombardía en alegatos públicos, Conrado se creía seguro del respeto de la gente y del mantenimiento del orden y la paz. Pasó de nuevo a los Alpes.

Pero en la sociedad, como se hizo, el orden y la paz sólo podían ser una excepción momentánea al curso habitual de las cosas, y no eran unas pocas reglas sobre las sucesiones feudales las que debían cimentar y unir lo que había en todos lados tratando de separarse y para dispersar. Lo vemos pronto. Apenas había terminado la reunión extraordinaria de los caballeros lombardos alrededor de sus soberanos, que de castillo en castillo, como de pueblo en pueblo, las guerras privadas y sus robos habían recommenzado. En vano, la autoridad religiosa intentó intervenir en estos desórdenes, y la tregua, o *la paz de Dios*, se predicó, como en Francia, a las ciudades y al país. La ley santificada cuatro días de la semana para evitar que fueran contaminados por robos y asesinatos, era una ley impotente y sin garantía contra la violencia de las pasiones brutales de ese tiempo; y es un espectáculo curioso y casi único en la historia, ver la nación lombarda, que durante unos momentos se había encontrado en un cuerpo con la dieta de Roncaglia, para disolverse de repente, y desde las primeras filas de la jerarquía feudal hasta las más altas. Condiciones humildes de esclavitud, para poner todo en la confusión y la guerra.

Echemos un vistazo rápido a estos movimientos tumultuosos. Al principio, los caballeros, que, oprimidos por la soberbia soberanía de Heriberto, arzobispo de Milán, se enfrentaron a él en el campo; pero la gente asocia los intereses de su libertad con los intereses de su prelado, y ahora la guerra se está convirtiendo en plebeya para la nobleza. Inmediatamente vienen las rivalidades de las ciudades entre ellas; Lodi, por odio contra Milán, se une al grupo de caballeros, mientras que los obispos de Vercelli, Cremona y Plasencia se convierten en aliados de Milán y Heriberto. Se dice, entonces, que este último, para someter a la protección del cielo su causa y la causa popular, concibió la idea de colocar a la cabeza de su ejército el *carroccio*, la imagen de las alianzas de las tribus israelitas y la promesa sagrada de la victoria. Cada ciudad pronto siguió este ejemplo, y sus milicias nunca

marcharon en combate sin ser precedidas por el estandarte de la comuna flotante, junto al crucifijo, en un carruaje magníficamente decorado, que fue arrastrado por bueyes y defendido por una valiente élite de soldados. Pero la sacudida universal de la región lombarda no se detuvo allí: los *vavassins*, o vasallos de la última orden, se armaron contra los caballeros, sus señores, como se habían armado contra los grandes feudatarios; y ni siquiera fueron los siervos quienes, arrastrados por el movimiento de toda la población por el rumor, lanzaron un grito de libertad y buscaron liberarse con armas.

Conrado, quien hacia el 1035 regresó a Italia para apaciguar todos estos problemas y para mantener las regulaciones de Roncaglia, apenas ganó la vergüenza de un esfuerzo inútil: el estandarte imperial huyó ante la bandera burguesa de los milaneses. No fue hasta la muerte del emperador, en 1039, que las ciudades y los señores, como a una señal dada, depositaron sus armas. La constitución relativa a las sucesiones feudales fue adoptada universalmente, y los caballeros se reconciliaron con sus señores. La paz de las ciudades y los señores se vio cimentada por el entusiasmo que una gran parte de ellos puso en los cuerpos de los burgueses. Lo que era demasiado humillante en la dependencia del vasallo fue suprimido a favor de los *vavassins*; y entre los siervos, por fin, el mayor número fue liberado, el resto podía esperar serlo.

Así, Lombardía se aprovechó de tantos desórdenes como una especie de crisis saludable y, en general, la condición de los hombres era mejor. Pasaron cuarenta años, durante los cuales la historia estuvo en silencio, y encuentra una voz única para contar la famosa disputa que, bajo el pontificado de Gregorio VII, se levantó entre el sacerdocio y el imperio.

Leeremos en otro lugar detalles de este asunto de investiduras. Nos afecta aquí sólo en la medida en que la gente de Lombardía participó. Cuando, excomulgado, Enrique IV llegó al castillo de Canossa, cerca de Reggio, para humillarse a los pies de Hildebrand, el mismo movimiento de indignación estalló entre los lombardos y contra la severidad altiva del Papa y contra la vergonzosa debilidad del emperador. La causa imperial, sin embargo, encontró más seguidores y mayor éxito. En varias ocasiones, los vasallos de Enrique derrotaron a las tropas de la condesa Matilda, fiel aliada del Papa; y aunque el ascenso pontificio hubiera hecho que Conza, rebelde contra su padre, fuera coronado en Monza como rey de Lombardía, el emperador nunca fue abandonado por completo por la fidelidad de sus feudatarios italianos. Lo mismo le sucedió a Enrique V cuando había tomado la herencia paterna por

delito. Durante la guerra que prosiguió contra el sacerdocio, la nobleza lombarda siempre se unió a los alemanes en sus ejércitos.

No vemos qué papel desempeñaron las ciudades en esta larga lucha de las dos potencias dominantes de Italia. Se debe creer que, separados de su aislamiento, aprovecharon las coyunturas que les fueron favorables para fortalecer su independencia. Al liberarlos del juramento de lealtad a los emperadores, los anatemas pontificales se convirtieron para ellos en tantas cartas de franqueo que registraron con cuidado. Algunos historiadores ni siquiera han dudado en relacionarse con la disputa de las investiduras sobre el origen de la libertad de las repúblicas italianas. Lo cierto es que si ya se sentaron los cimientos de esta libertad, se consolidaron, y un poco más tarde, necesariamente asociados con la causa de las dos potencias rivales, los municipios de Lombardía. Crecieron, a la sombra de su alianza, en privilegios y en importancia política.

Además, los encontramos, hacia finales del siglo XI, gobernados casi todos por las mismas instituciones. Dos cónsules, investidos con funciones militares y judiciales, y renovados anualmente; un consejo de *credenza*, una especie de consejo de estado a cargo de las finanzas y asuntos exteriores, al mismo tiempo que del control de la magistratura consular; un gran consejo o senado, en el cual se prepararon los que debían someterse a la deliberación de la gente; por último, la asamblea pública de todos los ciudadanos o parlamentarios, ejerciendo en las importantes circunstancias el alto privilegio de la soberanía: ese era el sistema general de la organización republicana. El principio era que los asuntos de todos se hacen, en la medida de lo posible, por las manos de todos; y que donde la participación no fue directa, debería ser al menos por elección. Ahora, sabemos cuánto se eleva la dignidad de los hombres ante sus propios ojos, cuánto se exalta en sus almas el sentimiento energético de independencia, cuando no pueden separar su existencia de la de la patria, y eso, en cada momento, ella pregunta su razón de sabia opinión, su conciencia, un sufragio libre y desinteresado, su coraje, el sacrificio de la vida en el campo de batalla. No nos sorprenderemos, por lo tanto, cuando veamos, después, ciudades hasta ahora oscuras, que se elevan repentinamente a los actos más brillantes del heroísmo. Su libertad había crecido en silencio, y con ella la resolución intrépida de defenderla.

Todavía es un rasgo importante que caracteriza a las repúblicas lombardas al nacer, y que no debemos omitir. Una vez que se hubo liberado la actividad de los hombres y se manifestaron las ventajas del espíritu de asociación, una pequeña

industria, un pequeño comercio, una pequeña riqueza comenzó a mostrarse. La opulenta Venecia les trajo los productos del este y recibió a cambio las producciones brutas de sus tierras. Insensiblemente, estas primeras y cercanas relaciones se expandieron: lo que habíamos comprado se revendió en otros lugares con grandes beneficios. Capital acumulado, la fabricación se perfeccionó en los talleres; y la feliz influencia de la libertad que animaba las transacciones comerciales, Lombardía se encontraba en un estado de prosperidad desconocido para casi todo el resto de Europa. Lo veremos en el tiempo que seguirá.

DOCUMENTO 3 Advertencia^{17*}

La primera parte de la historia de la Edad Media, que publicamos al presente, comprende todo el periodo que se extiende desde la caída del Imperio del Occidente en 476, hasta la muerte de Guillermo el Conquistador, hacia el fin del undécimo siglo.

No nos hemos disimulado en esta nueva publicación alguna de las dificultades que presentaba esta memorable época, para ponerla á los cortos alcances de los niños que el drama solo de la historia puede interesar, pero en el que es indispensable apoyar los primeros estudios históricos sobre cálculos sólidos y racionales.

La Edad Media por la especialidad de su color, por la ruda orijinalidad de sus costumbres sencillas, por la variedad de sus acontecimientos, por la diversidad de los hombres y de los pueblos que hacen un papel en sus grandes escenas, ofrece sin contradiccion el cuadro mas animado que se puede pedir á la historia. Tal es el trabajo general del género humano consigo propio, por medio de una larga tormenta, de donde debe salir una nueva sociedad con sus ideas, sus artes, sus descubrimientos, su espíritu de libertad y de adelantos; cuna de otra civilizacion ya no tiene el colorido de los antiguos siglos, y aun carece del caracter de las edades venideras; pero todo los gérmenes de la siguiente época se ven depositados en ella, en él fermentan y se desarrollan, y los síntomas inevitables hacen infalible y próxima la revolucion que el siglo diez y seis debió ver estallar. Para aquel que



17 * Jules Raymond Lamé Fleury, *La historia de la Edad Media, referida a los niños*, París, Librería de Rosa, 1836, vol. I, pp. 5-9 y 252-258.

conoce bien la edad media, la historia moderna no presenta nada que pueda sorprenderlo; todo está previsto y comprendido con anticipación, y estos son los continuados eslabones de la misma cadena de los siglos.

En una obra puramente elemental cual es la presente, no ha sido posible desenvolver el espectáculo imponente que presenta esta fase del mundo; pero al menos nos hemos esforzado en reunir los principales hechos bajo un punto de vista que se impriman en nuestros lectores lo bastante para prepararlos al estudio completo y provechoso de los excelentes tratados de que este periodo ha sido el objeto desde algunos años á esta parte. Para conseguir nuestra idea no hemos ahorrado ni averiguaciones, ni trabajo; hemos consultado las mejores obras modernas, y ningún hecho ha sido admitido sin estar apoyado en los testimonios los más auténticos.

En una palabra, hemos tratado, tanto cuanto nos lo permitía un cuadro ceñido á tan estrechos límites, facilitar á los maestros y discípulos el conocimiento de un tiempo acerca del cual á nadie es ya permitido el permanecer indiferente, al presente que nuestros gustos, nuestras modas, nuestros objetos de arte y estudio, han llegado á ser en cierto modo el reflejo de aquella época remota.

Desde el año 888 hasta el de 963

Hacia poco más de veinte años, hijos míos, que la debilidad de Carlos el Gordo había puesto fin al segundo Imperio del Occidente, cuando los príncipes de la familia de Carlomagno, que se llamaban los KAROLINGS, es decir los hijos de Carlos, cesaron también de reinar en la Germania; el último de los reyes germanos de esta ilustre raza se llamaba LUIS IV ó EL NIÑO, porque fué el cuarto príncipe de este nombre después de Luis el Piadoso, y murió antes de llegar á ser hombre.

Precisamente en el tiempo que se formaban los diversos Estados de que os hablo, de los restos del Imperio de los Francos, todos estos reinos se habían dividido entre sí en cierto número de Estados pequeños, que se distinguían por la denominación de ducados ó de condados, según que correspondían á duques ó condes. En el principio, estos señores no fueron otros que los antiguos gefes de guerra, á quienes los emperadores ó reyes habían confiado sus provincias para que las gobernasen, y que habían usurpado sus dominios; algunas veces también eran obispos ó abades de monasterio enriquecidos con las tierras y casas que los príncipes y personas pudientes de aquella época acostumbraban ceder á las iglesias y monasterios en expiación de sus pecados; pero muy pronto todos los que poseyeron un pequeño castillo fundado sobre una colina, coronado de torrecillas, y rodeado de gruesas murallas, ó de un foso profundo, llegaron á ser dueños de

las campiñas, y se consideraron como verdaderos soberanos del país circunvecino. Bastaba una habitación de este género para hacer temible á un señor á diez leguas en contorno, porque desde allí podía á su antojo mandar á sus soldados que asolasen todas las cercanías; y todos los aldeanos, para hacerse amigos de un vecino tan formidable, iban á ofrecerle con la mayor humildad parte de la cosecha de su campo, con tal que tuviese á bien dejarles gozar del resto, sin quemarles su cabaña ó robarles sus ganados.

Acaso sabreis con asombro, mis queridos amigos, que hubo entonces señores bastante perversos para hacerse respetar de este modo de los pobres aldeanos, que nos les hacian mal alguno; pero cesará vuestra sorpresa, cuando yo os diga que en esta época, en que todos los hombres eran rudos, groseros é ignorantes y pasaban su vida guerreando, la razon del mas fuerte era siempre la mejor, y por este motivo cada uno se veia obligado á buscar un apoyo de la parte de aquel que podia protegerlo. Así, lo mismo que el aldeano ofrecia á su señor una parte de su cosecha para que le dejase el resto, el señor que no poseia sino un pequeño castillo y corto número de soldados mal armados, pedia á su vecino que era señor de una grande fortaleza y gran número de hombres cubiertos de cotas de malla, que no le abandonase cuando viniesen sus enemigos á desolar sus tierras; de suerte que dirijiéndose cada uno de este modo al que podia prestarle auxilio y socorro, resultó de aquí, que dentro de poco tiempo todos los señores del mismo reino se encontraron ligados por obligaciones mutuas, es decir que el fuerte se comprometió á proteger al debil, y este á someterse á la voluntad del fuerte, cuando á su vez le llamase á servirlo.

Desde luego se vió en Francia establecerse este nuevo orden de cosas que tomó el nombre de FEUDALIDAD, porque la FEAUTE ó fidelidad á los empeños recíprocos vino á ser el primer deber que cada uno tenia que llenar. De este modo se encontraron muy pronto las ciudades, las villas y las aldeguelas, repartidas entre una multitud de señores grandes ó pequeños, que vivian todos á expensas de los tratantes ó los labradores de sus dominios, de que se titulaban los señores, y á los que daban el nombre de SIERVOS ó esclavos. El duque ó conde bastante poderoso para que otros señores fuesen á solicitar su apoyo, tenia el título de SEÑOR FEUDAL, y los que estaban bajo su dominio el de VASALLOS.

Cuando iba un vasallo á hacer homenaje á su señor, es decir á comprometerse á servirlo y ayudarlo segun la costumbre feudal, doblaba una rodilla delante de él en señal de sumision, y ponía las manos en las suyas, para darle á entender renunciaba á emplear su fuerza sin su permiso.

Los señores feudales después de la guerra y el pillaje que preferían a cualquiera otra ocupación, retirados en sus lúgubres fortalezas, no tenían mayor placer que la caza a que se entregaban de diferentes maneras.

BIBLIOGRAFÍA

- Alamán, Lucas, *Disertaciones sobre la historia de la República mejicana desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo xv y principios del xvi de las islas y continente americano hasta la Independencia*, 3 tomos, México, Imprenta de D. José Mariano Lara, 1844.
- Carbonell, Charles-Olivier, *La historiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Daru, Pierre, *Histoire de Venise*, 2 tomos, Bruselas, Société Typographique Belge, 1838.
- Depping, G. B., *Histoire générale de l'Espagne, depuis les temps les plus reculés jusqu'à la fin du dix-huitième siècle*, 2 tomos, París, D. Colas/Le Normant, 1811.
- Gooch, George Peabody, *Historia e historiadores en el siglo xix*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
- Guizot, François, *Historia de la civilización en Europa desde la caída del Imperio romano hasta la Revolución francesa*, Madrid, Alianza Editorial, 1966.
- Guizot, François, *Histoire de la civilisation en France, depuis la chute de l'Empire romain*, 4 tomos, París, Didier, 1846.
- Hale, Charles A., *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, 2ª ed., México, Siglo Veintiuno Editores, 1991.
- Hartog, François, *Evidencia de la historia. Lo que ven los historiadores*, México, Departamento de Historia-Universidad Iberoamericana, 2011.
- Hartog, François, *Le xix^e siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París, Presses Universitaires de France, 1988.
- Hervé Martin, Guy Bourdè, *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal, 2004.
- Lamé Fleury, Jules Raymond, *La historia de la Edad Media, referida a los niños*, 2 vols., París, Librería de Rosa, 1836.
- Lefebvre, Georges, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1975.
- Lengeling, Martha y Buenaventura Rubio Zenil, "Los tesoros bibliográficos de la Biblioteca Armando Olivares en otros idiomas", en *El mundo del libro: tesoros bibliográficos en la Biblioteca Armando Olivares*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2014, pp. 97-106.

- Luna Santiago, Germán, *Vuelta a La herencia medieval de México. Colonia y Edad Media en la obra de Lucas Alamán, Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora*, tesis de maestría en Historiografía, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, de próxima sustentación.
- Moradiellos, Enrique, *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*, 2ª ed., Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 2009.
- Rojas, Rafael, “Mora en París (1830-1850). Un liberal en el exilio. Un diplomático ante la guerra”, en *Historia Mexicana*, vol. LXII, núm. 1 [245], julio-septiembre, 2012, pp. 7-57.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Historia de la historiografía*, México, Ateneo, 1978.
- Simonot, J. F., *Résumé de l'histoire d'Espagne jusqu'à nos jours*, París, A. Leroux, 1823.
- Trognon, M., *Résumé de l'histoire d'Italie*, 10ª ed., París, Lecoite et Durey, 1825.

FUENTES ELECTRÓNICAS

- “Biblioteca Armando Olivares Carrillo”, *Universidad de Guanajuato*, disponible en [<http://www.bao.ugto.mx>], consultado: 16 de noviembre de 2018.
- Lamé Fleury, Jules Raymond, *L'histoire du Moyen Âge, racontée aux enfants*, Bruselas, Pantheon, 1847, disponible en *Google Books* [https://books.google.com.mx/books?id=3DAPAAAAQAAJ&printsec=frontcover&dq=Lam%C3%A9,+L%27histoire+du+moyen+%C3%A2ge&hl=en&sa=X&ved=0ahUKEwj_zIL6nIrjAhVN-M6wKHENZDNEQ6wEIPjAC#v=onepage&q&f=false], consultado: 27 de junio de 2019.
- Simonot, J. F., *Résumé de l'histoire d'Espagne*, París, A. Leroux, 1823, disponible en *Gallica. Bibliothèque Nationale de France* [<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k58007181/f6.image.texteImage>], consultado: 30 de junio de 2019.
- Trognon, M., *Résumé de l'histoire d'Italie*, 10ª ed., París, Lecoite et Durey, 1825, disponible en *Google Books* [https://books.google.com.mx/books?id=U7Tf2_lxYfGc&printsec=frontcover&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false], consultado: 30 de junio de 2019.

D. R. © Germán Luna Santiago, Ciudad de México, julio-diciembre, 2019.

D. R. © María Guadalupe Rodríguez Sánchez, Ciudad de México, julio-diciembre, 2019.